

CRISIS DE PUEBLO

Carlos Bazarra, OFM.Cap.

Coyuntura milenaria

Llega el tercer milenio. La Iglesia es sacramento universal de salvación. ¿Está en disposición de cumplir esta tarea en el mundo, y especialmente en Venezuela? Entre la realidad y el ideal, siempre habrá un espacio que desafía nuestra creatividad. Siempre habrá pobreza de resultados, interpretando en sentido figurado la respuesta de Jesús a Judas en casa de Lázaro. No siempre Cristo será una presencia viva entre nosotros, por culpa nuestra, naturalmente (Cf. Jn 12,8).

Tampoco es el momento de añorar tiempos pasados. Sólo tenemos el futuro y nuestra esperanza. Sabemos que la iniciativa y la culminación le corresponden a El, Alfa y Omega (Ap 1,8), pero la Esposa, secundando al Espíritu, debe clamar: “Ven. Y el que oiga, diga: Ven” (Ap 22,17). Un clamor que se convierte en acción para que llegue, para no estar lejos del Reino de Dios (Mc 12,34).

El Concilio Vaticano II nos convocó a una tarea ingente. Quizás el transcurso del tiempo favorezca la somnolencia, pero hay que reaccionar. Sabemos que “fue voluntad de Dios santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo que le confesara en verdad y le sirviera santamente... La condición de este pueblo es la dignidad y la libertad de los hijos de Dios” (LG 9):

He aquí la invitación: ser pueblo y no masa, con la dignidad y la libertad de los hijos de Dios. Lo personal y lo comunitario, en mutuo complemento.

Cuando esto se logre sustantivamente, entonces la Iglesia será “en Cristo, como un sacramento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios

y de la unidad de todo el género humano” (LG 1). “Habiendo resucitado de entre los muertos, envió sobre los discípulos a su Espíritu vivificador, y por El hizo a su Cuerpo, que es la Iglesia, sacramento universal de salvación” (LG 48). Sacramento universal de salvación no es sólo un don. Es tarea apremiante.

Pienso que padecemos crisis de pueblo, y a solucionar esta crisis deberíamos encauzar todas nuestras energías. Con respeto y con mucho cariño, ante el tercer milenio, todos hemos de sentirnos comprometidos y aportar nuestra colaboración a la salvación de Dios, que ya está llamando a la puerta (Ap 3,20). ¿Qué hemos de hacer? (Hch 2,37), es la pregunta pertinente. Para llegar a ser pueblo, hay que comenzar por ser pueblo.

El capítulo 2 de la *Lumen Gentium* sobre el Pueblo de Dios es iluminador. Nos salvamos como pueblo, y seremos pueblo sólo con la dignidad y la libertad de los hijos de Dios, con la ley del amor, y con el fin de dilatar el reino de Dios. Cristo lo instituyó para ser comunión de vida (LG 9). Seguidamente se habla del sacerdocio común, “sacerdocio regio” de todos los fieles (LG 10) y de su función profética: “La totalidad de los fieles que tienen la unción del Santo, no puede equivocarse cuando cree, y esta prerrogativa peculiar suya la manifiesta mediante el sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo cuando, desde los Obispos hasta los últimos fieles laicos, presta su consentimiento universal en las cosas de fe y costumbres” (LG 12).

Hay signos de este despertar del pueblo de Dios, en movimientos laicales, en comunidades eclesiales de base y otras actividades, aunque muchas veces este despertar es más bien por falta de clero que por espacios creados para el pueblo. Otras veces se comprueba que la promoción de los no clérigos no tanto es en favor de la dimensión laical cuanto en la clericalización de estos agentes pastorales.

Lo fundamental es la evangelización. “La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia (EN 16). Su objetivo es crear comunidad, pueblo, sacramento de salvación en el mundo. Y no seremos pueblo si no somos sujeto, con una palabra que decir, con prioridad sobre la ley, el templo, el sábado (Mc 2,27).

Viajando en autobús

Las ciudades se han vuelto enormes, y los autobuses urbanos se han hecho imprescindibles. Yo los utilizo a diario. Resulta conmovedor ver a la anciana

subir penosamente los dos escalones y disfrutar la felicidad del asiento que le brinda un caballero. Y los niños del colegio, riendo y bromeando con sus compañeros. Y un hombre enfrascado en la lectura del periódico. Y la mujer que vuelve del mercado con su bolsa de compras. Unas monjitas que hablan en voz baja. El joven melencólico ensimismado en la música que percibe a través de sus auriculares.

Somos un mundo variopinto dentro de la carrocería oxidada del viejo autobús. De pronto desde la calle un joven, o un adulto, o un niño, pide permiso al conductor para subir. Y suena su voz: “Perdonen, señores pasajeros. Tengo mi mujer enferma... “ “Disculpen, señores pasajeros, pero no tengo trabajo. Les ofrezco por un módico precio, estas galletas de chocolate. Ustedes ahorran dinero e impiden que yo me dedique a robar para vivir...”.

Puede ser mentira, puede ser verdad... pero algunos le compran las galletas, o le dan unas monedas para el supuesto viaje a la ciudad del interior. Y durante los minutos que dura su permanencia en el bus, ocurre una misteriosa sintonía, algo así como una fracción del pan. Sí, el viejo autobús urbano se transforma (¿se transubstancia?) en la presencia viva del Señor resucitado. El pobre es aceptado gratuitamente a compartir unos instantes el descanso del transporte, liberándose de la fatiga del caminar. Todos nos sentimos un poco hermanos. Es la parábola del autobús que suelo meditar.

No siempre es así. He visto en una ocasión a un conductor enfurecido apear a golpes al mendigo sucio y repulsivo. Entonces el autobús es la parábola del antirreino, de lo inhumano y de la negación de la fraternidad.

¿Por dónde pasa hoy en Venezuela y en América Latina la salvación de Dios? ¿Por dónde pasa el pecado estructural? ¿Cómo la Iglesia, y cada uno de nosotros, puede ser sacramento de la presencia de Dios? ¿Cómo ser gracia para los demás?

Diagnóstico de una realidad

Si bien Venezuela no es una isla en medio de los países latinoamericanos en lo que se refiere a las dimensiones políticas, sociales y económicas, la Iglesia venezolana reviste una peculiaridad a tener en cuenta. En el siglo pasado la actitud práctica eclesial se centró en la lucha por sobrevivir. Renunció a toda aspiración de hegemonía. Se propuso no meterse en política y dedicarse sólo a “las almas”.

La consecuencia inmediata fue que los poderes civiles comenzaron a reconocer la utilidad de la religión como elemento de sujeción moral de las masas y de la aceptación de su condición subordinada e inhumana. Es una religión de resignación bajo la amenaza de un castigo ultraterreno, para acallar las aspiraciones populares. El costo social y la contrapartida es aceptar, por parte de la Iglesia, el orden establecido.

La tentación es seguir buscando su propia supervivencia más que la defensa de los oprimidos. Sin embargo la Iglesia apoyará de lleno el proceso democrático desde 1958, con el derrocamiento de la dictadura perejzjimenista.

El acontecimiento del Concilio Vaticano II coincidió con la firma del "Modus vivendi" entre la Santa Sede y el Gobierno venezolano en 1964. La Iglesia y la República se respetan en un marco de separación. No hay crítica mutua. La Iglesia será bien tratada mientras bendiga el orden establecido. En cambio el Concilio ve la posibilidad de entrar en conflicto con gobiernos que privilegian a la Iglesia pero que maltratan al pueblo.

El Concilio es aceptado teóricamente pero no se traduce en una práctica real. Tampoco los documentos de Medellín fueron asimilados. Esos mensajes eran buenos para otras latitudes, pero no para Venezuela. Aquí todo estaba bien. La institución eclesiástica no se consideraba obligada a un papel profético de denuncia, desde los pobres.

La preparación de Puebla ayuda a descubrir Medellín. Se dice que la Jerarquía pretende prescindir de Puebla y se aferra al conservatismo institucional. Pero de hecho una parte de la institución eclesial va articulando un proyecto de liberación. Recuérdese la primera asamblea conjunta de religiosos y religiosas, la creación de SECORVE y la fundación del ITER, ambas en 1979, y el lanzamiento del proyecto de educación católica (AVEC) en 1986.

La década de los 80 muestra la crisis y el abismo abierto entre ricos y pobres. La corrupción es patente. La modernidad descubre su ambigüedad y deshumanización. La Iglesia comienza a revestirse de una nueva imagen, a la luz de las actuaciones de la Iglesia en otros países, en defensa de la persona humana, de los pobres; y también por el desplazamiento de algunos de sus miembros hacia sectores populares y la animación de las comunidades cristianas en zonas marginales.

El Papa pide al CELAM y a los Obispos latinoamericanos un análisis sincero: “La situación tiene en sus raíces injusticias hirientes, explotación de unos por otros y la falta de equilibrio en la distribución de la riqueza.”¹

Con la caída del muro de Berlín, 1989, se abre paso el Neoliberalismo. La globalización subordina la política a los intereses económicos, y produce un aumento impresionante de pobreza.

El primer paquete neoliberal provocó el caracazo (27 de febrero de 1989). La institución eclesiástica es la más prestigiosa del país, pero sólo comparativamente, ante los fallos garrafales de las demás instituciones. De todos modos este prestigio tiene su fundamento en el acompañamiento de una parte significativa de la institución eclesiástica al pueblo empobrecido. La presencia silenciosa de estos agentes pastorales entre los pobres se hizo notoria en momentos de crisis.

Igualmente el aporte eclesial en el área de la educación y defensa de los derechos humanos (piénsese en el caso de los pescadores masacrados en el Amparo y la denuncia de la Iglesia hasta desvelar la verdad) sustenta el valor objetivo de este prestigio eclesial.

Se vienen detectando dos direcciones: una, institucionalista, y otra centrada en el pueblo de Dios. Se trata de acentos. La primera intenta producir el mayor número posible de sacerdotes y religiosos de Venezuela. La segunda se preocupa de que todos los cristianos crezcamos como adultos en la fe. Ciertamente esto no se excluye en la búsqueda de agentes nativos, pero en algún modo queda eclipsado por el predominio de lo clerical frente a lo laical. Hay cierto uniformismo en la primera tendencia, mientras que en la segunda se destaca más bien la pluriformidad, al insistir en la condición de sujeto de todo creyente. La conferencia de Santo Domingo (1992) tendrá que insistir en el protagonismo de los laicos. Porque la crisis es sencillamente de pueblo.

Los desafíos para la institución eclesiástica de Venezuela están claros. El poder civil no les pide a los Obispos silencio; no les pide que no enseñen en nombre de Jesús. Sino que digan que Cristo es el que consagra este orden injusto, y que la Iglesia es la legitimadora ideológica del mismo. Les pide también la fuerza moral consagrada de este orden. Por eso la institución eclesiástica hoy debe discernir entre el Evangelio y el Poder.² La globalización, de la que ningún país puede escapar, se apoya en algunas tesis que pueden afectar la existencia eclesial.

Una de ellas es que el “mundo feliz” del capitalismo mundial es profundamente antidemocrático. Lo que la élite transnacional llama democracia, con exactitud es poliarquía, forma de gobierno de un pequeño grupo en nombre del capital. Es democracia de baja intensidad, que no se propone satisfacer las auténticas aspiraciones de las mayorías reprimidas y marginadas. Volvemos a detectar, desde otro ángulo, que la crisis es de pueblo. No se cuenta con él y se busca el provecho de un cogollo, a costa del pueblo.

Otra de las realidades constatables es que “la pobreza en medio de la abundancia”, las desigualdades y el crecimiento de la miseria humana, fruto del capital transnacional, es algo generalizado. Están surgiendo lagos de riqueza en países del tercer mundo, y mares de pobreza en países del primer mundo, lo que nos lleva a considerar al mundo estratificado más por líneas de clases que por fronteras nacionales. Otra vez el pueblo pagando deudas de bienes que nunca llegó a adquirir ni a disfrutar. Otros se han beneficiado a costa del pueblo pobre. ¿Afronta la Iglesia con seriedad esta nueva situación mundial y busca eficazmente solución a la crisis de pueblo? ³

Las clases sociales hoy abarcan la sociedad mundial. La miseria tiene que ver con la división mundial del trabajo. A los países desarrollados les corresponde la administración; a los más pobres, la mano de obra y el suministro de materias primas. Las grandes potencias se reservan el control de las instituciones financieras mundiales, e imponen a los gobiernos del sur restricciones drásticas de los gastos sociales. Se controlan los créditos, las tecnologías más avanzadas y se impide el acceso de los más pobres a todas esas cosas. ¿Dónde se encuentra la Iglesia en esa disparidad de situaciones: con los poderosos o con los pobres? ⁴

La Iglesia Católica, en general, adolece de miedo al Evangelio. No comunica el gozo de la fraternidad, de la cercanía al pueblo, sino tristeza y miedo de perder lo poseído. ⁵ Ugalde subraya estos miedos: miedo a la propia debilidad, a entrar en área de conflictos, miedo a la reacción del Estado, miedo al desbordamiento del pueblo. ⁶ Vivimos una crisis de fe, por eso rehuimos al pueblo, queremos sustentarnos en el poder de los poderosos. El miedo brota por doquier cuando falta la fe: “¿Por qué temen, hombres de poca fe?” (Mt 8,26).

Codina relata entre los muchos miedos de la Iglesia, algunos que se refieren más directamente a nuestro tema. Comenta Casaldáliga: “Hay miedo

al moderno mundo secular que ha desplazado a la Iglesia del ámbito público, relegándola a una esfera más privada. Hay miedo al diálogo ecuménico que se ha enfriado en los últimos años. Las Iglesias se repliegan para defender su identidad y protegerse. Hay miedo a la colegialidad episcopal y al resurgir de las iglesias locales. Hay miedo a los laicos, a que tengan opinión pública en la Iglesia y a sus compromisos sociales y políticos. Por más que se hable del protagonismo de los laicos, a la hora de la verdad, cuando laicos y laicos se comprometen, o los dejamos solos o, a veces, hasta los condenamos. Hay miedo a la mujer, uno de los mayores miedos, y a que participen en las decisiones de la Iglesia, aunque se defiendan esos derechos. En la sociedad la mujer sí puede y debe ser igual al hombre, en la Iglesia no. Hay miedo a los teólogos. Hay muchos libros de teólogos ya escritos, que no se imprimen porque podría venir la censura. Hay miedo a la juventud, aunque se intenta captarla, porque la juventud es la juventud. Es crítica, contestataria, bulliciosa, libre. Trastorna con su sonido de alto volumen. Hay miedo a las comunidades eclesiales de base y se intenta reparroquializarlas. Hay miedo también a la vida religiosa inserta, más metida en las periferias, en los márgenes. Hay miedo a revisar temas como el ministerio ordenado, el celibato opcional, los ministerios laicales y nada digamos de la ordenación de la mujer”.⁷

Aunque sea una visión más de primer mundo, nos sirven las palabras de un buen teólogo español: “Demasiado juridicismo, demasiado temor, demasiada falta de espontaneidad y de alegría en la relación con Dios. Mire, si no, cada uno para sí mismo: qué significan para él la confesión, la obligación de oír misa y, en general, el cumplir con las obligaciones; qué supone en su vida la posibilidad de salvación-condenación; cómo vive los mandamientos, qué cariz afectivo reviste para él la moral cristiana... Difícilmente escaparemos a la impresión de que todo esto, que es pura gracia, puro salir de Dios a nuestro encuentro para potenciarnos y aligerarnos la vida, está siendo vivenciado como un pesado haz sobre las espaldas, como una fastidiosa retahila de estorbos que entorpecen y nublan nuestro caminar... Un estilo tristón y negativo impregna totalmente la atmósfera religiosa que respiramos, filtrando todas nuestras vivencias, coloreando todas nuestras actividades y marcando el estilo profundo de nuestras vidas”.⁸

Nos separamos del pueblo y nos sentimos solos. Olvidamos nuestra condición popular. “La novedad conciliar es la comunidad cristiana, y hay que reconocer que ésta no existe ni está en proceso de constitución en la mayoría

de las parroquias. Más aún, nos tememos que está viniendo una oleada de agentes pastorales que se sienten ellos en persona la Iglesia y que relegan a los laicos al simple papel de receptores de los servicios religiosos que ellos administran".⁹

La institución eclesiástica mantiene con los miembros de la Iglesia una relación unidireccional, verticalista, de prestación de servicios, en situación de único sujeto frente al pueblo considerado como objeto y destinatario. Si el pueblo fuese considerado también como sujeto, entonces la relación sería plenamente humana, bidireccional, y habría cauce para un diálogo fraterno.

Esto no significa que haya que rechazar la jerarquía para caer en una completa anarquía. La autoridad es necesaria, pero, ¿por qué siempre tiene que ir unida al sacerdocio? ¿Por qué se la ha sacralizado? La institución de la Iglesia no es sólo obra de Jesucristo, sino también del Espíritu.¹⁰ y las formas históricas, salvando siempre el origen divino, pueden revestir diversas modalidades. Escribe Mons. Casaldáliga: "Yo creo que estamos viviendo un momento importante de la Iglesia, y eso va a acelerarse. La Iglesia será cada vez menos jerarquizada. Continuará habiendo jerarquía, claro -es un ministerio indispensable- pero será menos jerarquizada. Va a subir el protagonismo de laicos y laicas. Seremos más comunitarios. Incluso cuando hablamos de las comunidades eclesiales de base decimos que lo más importante no es la comunidad o las muchas comunidades, sino la comunitariedad. A veces, cuando se discute <democracia en la Iglesia, sí o no> yo digo: <Yo no quiero democracia en la Iglesia, yo quiero mucho más. La democracia es poco, sobre todo la democracia formal que tenemos. Queremos una comunidad fraterna, de plena participación de todos. Cada cual con sus servicios y ministerios, pero de plena participación de todos, de un modo adulto y libre".¹¹

Todavía nos movemos en Venezuela en el marco de cristiandad. La institución eclesiástica debe insertarse en el seno del pueblo de Dios como parte de él, como fieles cristianos, como creyentes. "Decimos sencillamente que para un obispo o un párroco o una religiosa o un teólogo tiene que ser secundario el desempeño de sus funciones. Ellos tienen que estar con el resto de los cristianos en primer lugar como unos cristianos más. Sólo si han llegado a reinsertarse en el seno del pueblo de Dios manteniendo con los demás relaciones recíprocas (siendo llevados en la fe de los demás y llevando a los

otros en la suya) pueden cumplir adecuadamente sus funciones, es decir sin sustituir a nadie ni dominar sobre los demás sino descubriendo los dones de cada uno, estimulándolos y coordinándolos para lograr el crecimiento de ese cuerpo social articulado”.¹²

Retomando el símil del autobús urbano, podemos preguntarnos en primer lugar si la institución eclesial viaja en autobús, con el pueblo, o por el contrario tiene su propio vehículo particular. Tal vez viajamos por la misma carretera, pero los carros son diferentes, las preocupaciones son distintas: ortodoxia, solicitud por el orden establecido, afán por la institución eclesial, vigencia de la ley y de la autoridad... mientras que la gente se inquieta por la vida, por la praxis, por el amor, por su catolicismo popular, por la cesta de la compra... Puede ser, ojalá, que los que pertenecemos a la institución eclesial viajemos en autobús, mezclados con el pueblo. El riesgo es que nos creamos no simples pasajeros, sino propietarios del carromato y nos reservemos el derecho de admisión y exclusión. Puede ser, Dios no lo quiera, que no detengamos el autobús para recoger al pobre, a la mujer, al laico, al pecador que demandan un poco de solidaridad: “Disculpen, señores pasajeros, ¿alguien puede compartir conmigo un pedacito de pan? Es que tengo un niño enfermo...”. Y nosotros seguimos mirando por la ventanilla el bonito paisaje, porque no nos atrevemos a mirar la cara de nuestro hermano...

Crisis de pueblo

Si la Iglesia es sacramento universal de salvación, tenemos que reconocer que el Espíritu no puede pasar por la falta de amor y solidaridad, por lo antifraterno, por el rechazo del pueblo como realidad pobre y marginada, gente sin voz. El pecado estructural, la blasfemia contra el Espíritu Santo (Mt 12, 31) es el rechazo del hermano. Lo dijo nítidamente Puebla: “Quien en su evangelización excluya a un solo hombre de su amor, no posee el Espíritu de Cristo” (P 205).

Crisis de pueblo, crisis de laicado. La salvación pasa por la solidaridad con el pueblo, por la inserción en el pueblo.

Entre otros aspectos considero fundamental convertirse al pueblo pobre. “Afirmamos la necesidad de conversión de toda la Iglesia para una opción preferencial por los pobres, con miras a su liberación integral” (P 1134).

La expresión “crisis de pueblo” la tomo de Mario Briceño Iragorry. Escribió en una ocasión “Mensaje sin destino” (11 noviembre de 1950). Y concluía así aquel mensaje: “Abunda el declarar que cuando critico lo nuestro no pretendo situarme en el limbo de una pueril irresponsabilidad. Míos son, más que las virtudes, los pecados venezolanos. Si huelgo cuando me siento partícipe de la gloria tradicional de nuestro pueblo, me siento también culpable en parte de los errores colectivos. Más aún: lo glorioso lo fabricaron otros. En los reatos que impiden la marcha holgada del país tengo acaso alguna parte, ora por silencio, ora por condescendencia, ora por momentáneos intereses. Ya he dicho en otro lugar que reconocerla es saldar en parte nuestra deuda con las generaciones que vigilan nuestro ejemplo. Pecado es confiar en el generoso olvido de los otros para intentar exhibirnos como dispensadores de honras”.¹³

Con esa misma actitud estoy escribiendo: reconociendo mi culpa y buscando una Iglesia sacramento de salvación para Venezuela, antes que acusar a nadie. Es evidente que no puede ser sacramento si se encierra dentro de sí, en un protagonismo clerical. El sacramento es don. Se corrompe cuando se estanca. La Iglesia no es para sí misma. Lo primero es el Reino; después el mundo, como espacio de historicación del Reino; por último, la Iglesia como realización sacramental del Reino en el mundo”.¹⁴

Es cierto que en la historia temporal ninguna realidad agota el contenido del Reino, ni el mundo ni la Iglesia. Vivimos la ambigüedad de la historia. Entonces surge la necesidad del discernimiento. La historia no es discernida desde fuera de la historia, pues entonces sólo oiremos nuestra propia palabra deshistorizada. La misma historia puede ser vehículo del Espíritu, pero sin deshistorizarse.¹⁵ ¿Por dónde pasa el Espíritu hoy? “No sabes de dónde viene ni a dónde va” (Jn 3,8). Se ha afirmado con relativa facilidad que el Espíritu estaba sólo en la Iglesia. El mundo carecía de Espíritu.

Las consecuencias no son fútiles: “Si en el mundo no hay Espíritu, el concepto de salvación es sobrenaturalista, místico, netamente diferenciado de las aspiraciones y posibilidades humanas. Por eso en el Documento de Santo Domingo reaparece la distinción típicamente preconiliar, entre natural y sobrenatural, como si en la realidad hubiera algo meramente natural, es decir, no tocado por el dinamismo de la gracia de Jesús, en definitiva por su Espíritu”.¹⁶

Pero sabemos que el Espíritu está también en el mundo. El Vaticano II lo

afirma: “El Pueblo de Dios, movido por la fe que lo impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo” (GS 11). En la Pneumatología actual, que tanto relieve está asumiendo, aparece claramente la afirmación de que el Espíritu está también en el mundo”.¹⁷

Esta teología que reconoce al Espíritu no sólo en la Iglesia, sino también en el mundo, extrae consecuencias importantes: “Si en el mundo hay Espíritu los sacramentos sacramentalizan esta realidad existente; es decir, al expresarla de manera simbólica la hacen presente en el símbolo y la incrementan. Por ejemplo, si hay Espíritu, el bautismo celebra que el bautizado es hijo de Dios, lo certifica de parte de él y actúa esa filiación, comprometiendo al bautizando con ella. Si no hay Espíritu en el mundo, el bautismo hace hijo de Dios al que antes sólo era criatura de Dios o incluso creatura en situación de pecado”.¹⁸

El Espíritu hay que buscarlo también en el mundo. Suscintamente podríamos decir que el Espíritu no está sólo en lo trascendente, sino en lo histórico y mundano. No sólo en lo divino, sino en lo humano. No sólo en lo masculino, sino en lo femenino. No sólo en lo clerical, sino en lo laical. No sólo en lo poderoso, sino en lo débil. No sólo en los blancos, sino en los negros. No en lo paterno, sino en lo fraterno, etc...

A veces vemos a conductores de autobuses urbanos que no quieren recoger a los escolares, porque pagan menos, o a los ancianos, porque no pagan. Es anticristiano recoger sólo en el autobús eclesial lo divino, lo masculino, lo poderoso, lo clerical, lo paterno... Es pecado contra el Espíritu Santo aprear o no recoger lo humano, lo femenino, lo fraterno, lo pobre, lo laical...

Algunos términos de estos binomios son complementarios, como lo divino y lo humano (así Jesucristo), lo masculino y lo femenino (así la humanidad), lo laical y lo clerical (así la Iglesia). En cambio otros son opuestos en algún sentido: considerarnos padres o maestros, en contra de la insistencia evangélica: “No se dejen llamar padres o maestros” (Mt 23,8-9). O aferrarnos a las riquezas en vez de solidarizarnos con los pobres (Lc 16,13-14).

Nos encontramos con una crisis de pueblo. No somos pueblo. El dato lo encontramos ya en el profeta Oseas: “Ponle el nombre de <No-mi-pueblo>, porque ustedes no son mi pueblo ni yo soy para ustedes <El-que-soy>” (Os 1,9). Pero si nos convertimos, entonces “en el lugar mismo donde se les decía <No-mi-pueblo>, se les dirá <Hijos-de-Dios-vivo>” (Os 2,1). “Diré a <No-mi-pueblo>: Tú eres <Mi-Pueblo>, y él dirá: <¡Mi-Dios!>” (Os 2,25).

La categoría “pueblo” juega una función esencial, que el Vaticano II recuperó en la constitución *Lumen Gentium*.¹⁹

No obstante que el capítulo 2 de la *Lumen Gentium* destaca con enorme fuerza la necesidad de ser Pueblo de Dios, el capítulo 4 al referirse a los laicos cae de nuevo en la ambigüedad de definirlos en contraposición al orden sagrado y al estado religioso (LG 31). Más adelante dirá: “No hay en Cristo y en la Iglesia ninguna desigualdad por razón de la raza o de la nacionalidad, de la condición social o del sexo... (LG 32).

En este terreno es donde creo que tenemos que avanzar. Todo dogma, todo concilio, no puede poner fin a la reflexión, no puede prohibir pensar: “La formulación más clara y más precisa, la expresión más sagrada, la condensación más clásica del trabajo secular de la Iglesia orante, pensante y militante, en torno a los misterios de Dios, tiene su razón de vida justamente en ser comienzo y no fin, medio y no término: una verdad que nos libera para llegar a la verdad siempre más alta”.²⁰

La Iglesia peregrina, a lo largo de su historia, ha dado pasos importantes, y sus logros salvíficos son innegables. Pero no podemos dormirnos en los laureles. Todavía queda mucho camino por andar, y somos conscientes de nuestra fragilidad: “En la Iglesia se ha dado a veces un comportamiento menos conforme con el espíritu evangélico, e incluso contrario a él” (DH 12).

Yo me limitaré a reflexionar primeramente sobre lo eterno y lo secular, y después sobre lo laical y lo clerical, como desafíos que inciden directamente en esta crisis de pueblo.

El valor de lo secular

Para salir de la ambigüedad de un léxico que nos ha llevado a unas aporías insolubles, es preciso recuperar el sentido original que pueda dar respuesta a nuestras esperanzas. Me refiero a “secular” y su derivado “seglar”. En un esfuerzo mental podemos remontarnos hasta la existencia de Dios antes de la creación del mundo: “Antes que el mundo fuese” (Jn 17,5.24). Divinidad y Eternidad son términos coincidentes.²¹

Frente a la eternidad divina y efecto de un acto libre y amoroso surge la creación. Comienza a existir lo temporal, lo mundano, lo creatural, lo secular. En estas categorías sinónimas entran los minerales, los vegetales, los animales,

también hombres y mujeres. Seremos siempre temporales y seculares. Es la condición de creaturalidad, condición positiva aunque limitada. “Vio Dios cuanto había hecho y todo estaba muy bien” (Gn 1,31).

Centrándonos en la condición humana, y prescindiendo de las demás criaturas, podemos establecer el binomio de lo divino y lo humano, como aclarativo de lo eterno y lo secular. Los hombres y mujeres somos radicalmente seculares.

Lo secular es ante todo un valor positivo, porque es lo que ha pasado de la nada a la existencia, y eso hemos de agradecerlo. Pero es también un concepto limitativo, porque ser creatura no es una perfección absoluta. Dios no puede hacer otro Dios, sólo puede hacer criaturas, seres contingentes, limitados y frágiles. Secular es pertenecer a lo temporal, al mundo. No somos Dios pero existimos, y el existir es gracia, es la gracia de la creación. Pero a la vez es un concepto restringido, pues ser creatural, en cuanto seres libres, es estar expuestos al pecado. Históricamente el pecado llegará a ser un hecho con el que hay que contar. Una conclusión obvia es que todo hombre o mujer es secular, dentro o fuera de la Iglesia. Pretender establecer distinciones entre las personas humanas, afirmando que unas son seculares y otras no, contradice la semántica del término. La única distinción posible en esta fase de nuestra reflexión es la que existe entre Dios y la criatura, entre lo eterno y lo temporal. La Iglesia debe aceptar la condición universal de secularidad para todos sus miembros, corrigiendo léxico y actuación.²²

Precisando términos, si bien no todo lo secular es humano, todo lo humano es secular. El que la Iglesia acepte lo secular como valor, como gracia, supondrá una actitud positiva frente al mundo y frente a lo humano. Sin este soporte de tierra sobre el que apoyarnos, seremos personas a-terradas, física y psicológicamente hablando, inseguras, temerosas.

“Si en el mundo hay Espíritu, la salvación consiste en ser plenamente humano... Un santo es alguien enteramente bueno, alguien que camina humilde y confiadamente en la presencia de Dios y se hace hermano de los seres humanos, desde el privilegio de los más necesitados”.²³ Si en el mundo hay Espíritu, la salvación consiste en ser pueblo, comento yo.

La evangelización en la actualidad debe dar testimonio en la realización de lo humano. El testimonio es esencial a la evangelización. Evangelizar lo humano sin añadidos, aunque con concreciones. Y se evangeliza caminando

con Dios, en una historia cambiante, humildemente y con la esperanza de los pobres. Hay que aplicar al evangelizador lo que la Carta a los Hebreos dice del mediador: que es verdaderamente humano. ²⁴

La idea es reiterativa en el Concilio Vaticano II. “El hombre es la única creatura terrestre a la que Dios ha amado por sí misma (GS 24). “El principio, el sujeto y el fin de todas las instituciones sociales, es y debe ser la persona humana (GS 25), también en la Iglesia, añadiría yo. “Crece la conciencia de la excelsa dignidad de la persona humana, de su superioridad sobre las cosas y de sus derechos y deberes universales e inviolables” (GS 26). “Cuanto atenta contra la vida; cuanto viola la integridad de la persona humana; cuanto ofende a la dignidad humana... todas esas prácticas son infamantes, deshonran más a sus autores que a sus víctimas y son totalmente contrarias al honor debido al Creador” (GS 27).

Por aquí habría que comenzar. La Iglesia que soñamos tiene que ser una Iglesia humana, ya que el hombre como imagen de Dios (Gn 1,26) es mediación necesaria para el honor de Dios. “Quien venera y respeta la imagen de Dios, respeta a Dios aunque no lo reconozca explícitamente... El cristianismo consiste en hacer del semejante un prójimo, y del prójimo un hermano”. ²⁵ La Iglesia debe ser, en el buen sentido de la palabra, secular, humana y misericordiosa. “Samaritana”, insisten algunos. ²⁶

Esta es la condición ineludible del autobús eclesial: no eliminar ni pretender apearse lo humano-secular. El misterio de la Iglesia, prolongación del misterio de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, no puede ignorar su condición humana. “La Iglesia abraza con su amor a todos los afligidos por la debilidad humana, reconoce en los pobres y en los que sufren la imagen de su Fundador pobre y paciente, se esfuerza en remediar sus necesidades, y en ellos servir a Cristo” (LG 8).

He aquí una urgente tarea para la Iglesia venezolana del Tercer milenio: recuperar su condición humana y secular.

Lo laical: de sector marginado a dimensión fundamental

También lo laical ha sufrido la ambigüedad de un léxico. Tanto en la *Gaudium et Spes* (31) como en el Derecho Canónico (canon 207) y en la *Christifideles laici* (15) el laico se define negativamente, como el que no es

clérigo. Una definición más positiva la da el canon 204: “Los incorporados a Cristo por el bautismo”. De este concepto positivo queremos partir. El bautismo nos incorpora a Cristo y a la Iglesia. El sacramento es un don y una tarea. Celebra la filiación divina, y compromete al bautizado a vivir y a trabajar fraternalmente.

Somos humanos desde la secularidad, pero no podemos ser humanos sin ser hermanos y solidarios. Ese es el compromiso: crear pueblo, desde un segundo nacimiento (Jn 3,3) por el bautismo (Mc 16,16). De ahí viene el epfteto laico o laical, miembro del pueblo (laós).

Somos laicos (ciudadanos del pueblo de Dios) por el sacramento del bautismo. Es doctrina oficial que el bautismo imprime carácter, es decir, no se borra nunca. Aunque después recibamos el sacramento del Orden, no por eso dejamos de ser laicos en el sentido estricto y teológico que venimos desarrollando. Los Obispos son “laicos”, los sacerdotes son “laicos”, los religiosos son “laicos”.

Es comprensible que en el lenguaje normal no estemos mencionando siempre que somos laicos. No tengo que complicarme la vida diciendo a todas horas: “el laico obispo”, “el laico sacerdote”, “el laico religioso”. Hay que simplificar el lenguaje. Pero de no mencionar expresamente el adjetivo “laico”, no tengo derecho a concluir que no somos laicos. Una cosa es callar y otra cosa es negar.

De hecho hemos pasado a la negación del laicado para los que han recibido el sacramento del Orden. Y el laicado, en vez de ser el ámbito del pueblo de Dios, donde todos debemos estar incluídos, ha pasado a ser un sector marginado y en cierto sentido excluído. Algo contradictorio. Dentro del pueblo de Dios (= laicado) unos son laicos y otros no.

En el fondo es un enfrentamiento entre dos sacramentos: el del Bautismo y el del Orden. El sacramento del Orden, ministerio, servicio al pueblo de Dios (= laicado) ha eclipsado el valor primordial del bautismo. Se han invertido las atribuciones: en vez de ser el ministro para servir al pueblo, resulta que el pueblo tiene que servir al ministro.²⁷ Hay que revalorizar la función original del bautismo; es lo que realmente nos salva. Ser sacerdote no es esencial para la salvación. Nos podemos salvar sin ser sacerdotes pero no nos podemos salvar sin ser hijos de Dios y hermanos.²⁸

El criterio de salvación es el de la fraternidad y solidaridad con los pobres: ser pueblo.

En la historia eclesial es ya un tópico la frase de San Agustín: “Por ser cristiano deberé dar cuenta a Dios de mi propia vida; por ser obispo deberé dar cuenta de mi ministerio”.²⁹ Nos salvamos como pueblo: “Dios salva a los hombres no aisladamente, sino constituyendo un pueblo” (LG 9). Por eso es contradictorio distinguir dentro de la Iglesia laicos y no laicos: todos somos bautizados, todos somos laicos.

En cambio sí es correcta la distinción de clérigos y no clérigos, porque en la Iglesia ni siquiera la mayoría ha recibido el sacramento del Orden. El bautismo posibilita el sacramento del Orden y la profesión religiosa dentro del pueblo de Dios, y no viceversa.³⁰

Una tarea para el tercer milenio es comenzar por recuperar las palabras secular y laical, porque son portadoras de ideas genuinamente evangélicas. Las ideas tienen una fuerza motora que abre caminos. Alguien dijo que las palabras no sólo encierran un significado sino también una tarea.

Y el desafío es reconquistar el laicado. No se trata de dar más poderes y representatividad al sector no clerical, sino de asumir la dimensión laical a todos los niveles. Padecemos crisis de pueblo. A veces cuando se quiere potenciar a los no clérigos, lo único que se consigue es que se pasen con todo el bagaje al sector clerical.

No podemos apearse del autobús al pueblo, porque nos quedaríamos solos. Porque somos pueblo, aunque no lo reconozcamos, no podemos excluirlo, ni tenerle miedo. La Iglesia se reencontrará consigo misma cuando se reconozca toda ella laical, toda ella ministerial. “No para ser servida, sino para servir” (Mc 10,45).

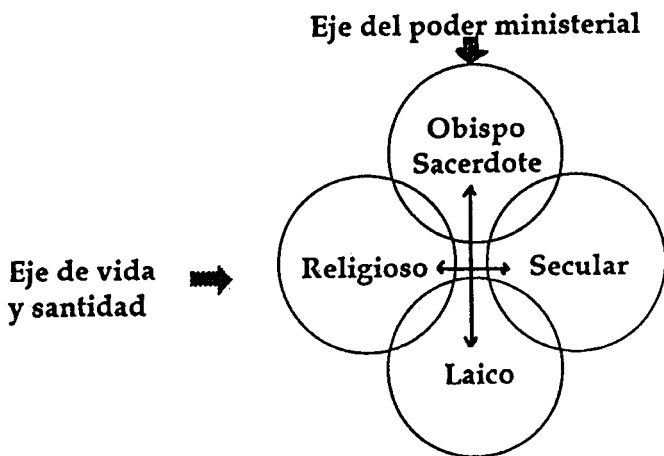
Cuadros comparativos

En el léxico habitual se concibe la Iglesia como una realidad piramidal, en cuyo vértice superior está Cristo Cabeza. Inmediatamente debajo de él está el Papa, Vicario de Cristo, y en orden descendente, los Obispos, los sacerdotes, los diáconos, cuyo conjunto constituye el Clero. Por arriba el Clero no tiene otro límite que Jesucristo, y por abajo su punto de apoyo es el pueblo, el

laicado. En este extremo inferior los laicos están subordinados al régimen clerical, reciben su enseñanza, acogen residuos de santidad y apoyan económicamente las empresas clericales.

Dentro de la Iglesia son dos mundos, dos castas intocables. El Clero mantiene contacto directo con Cristo, está más cerca de Dios, así dice la gente sencilla, y son el modelo que deben copiar los laicos. Por su parte el laicado sólo se puede relacionar con Dios a través del Clero, y por medio de él recibe las migajas del Reino de los cielos.

Expongo el contraste un tanto duramente, pero ese es ciertamente el esquema coloquial que rige las relaciones clero y no-clero. Actualmente el cuadro que rige estas relaciones es el siguiente:

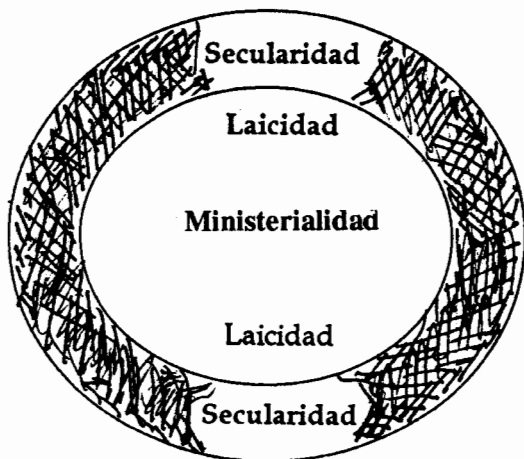


Encontramos un eje vertical, del poder ministerial, que señala la contraposición entre el clero (obispo-sacerdote) y el laico. Son dos círculos que no se tocan, opuestos, irreconciliables. El segundo eje es horizontal, de vida y santidad, que contrapone al religioso y al secular. Tampoco se tocan estos dos círculos: o se es religioso o se es secular. Pero los cuatro círculos contiguos tienen un segmento de intersección que se explica de la siguiente manera: Obispos y sacerdotes pueden ser también religiosos o seculares, pero nunca laicos. Religiosos (varones) podrán ser sacerdotes-obispos, o laicos (aquí también las religiosas), pero nunca seculares. Los laicos podrán ser

religiosos o seculares, pero nunca clérigos. Los seculares podrán ser sacerdotes u obispos, o laicos, pero nunca religiosos.

Ese es el planteamiento normal en la estructura jurídica de hoy y en el lenguaje ordinario. Propugno la superación de este esquema, que considero antievangélico.³¹

El esquema que yo propongo no es piramidal, sino circular, con la óptica siguiente:



La secularidad es el círculo más amplio en el que estamos todos, por el mero hecho de existir. Somos criaturas, seculares. Dentro de este círculo, y sin salirse de él, está el círculo más reducido de los que han optado por la Iglesia, por la fraternidad, por ser Pueblo de Dios, ciudadanos de este pueblo (=laicos) mediante el bautismo u otro rito equivalente (en sentido ecuménico).

La Iglesia es toda ella ministerial, y lamentablemente esta capacidad de servicio ha sido transformada en poder sacralizado.³² Insisto en que el sacerdocio es esencial a la Iglesia; que ésta por institución divina es jerárquica. Pero anhelamos un modo menosautoritario, más fraterno, más ministerial en sentido estricto.³³

Saber relativizar lo que no es absoluto. Como dijo Puebla: "La absolutización de lo relativo lleva a la violación de lo más íntimo de la persona humana: su relación con Dios y su realización personal (P 491)".³⁴ Se ha puesto

el acento excesivamente en los ministerios ordenados, eclipsándose un tanto los ministerios laicales. Es iluminadora la relación de ministerios laicales que se podrían enumerar.³⁵ En continuidad con los ministerios, el campo de los carismas. El relieve de las congregaciones masculinas y femeninas en la tarea de la evangelización no se puede ignorar, aún con la clericalización a la que han sucumbido muchas congregaciones de varones.³⁶

Los nombres de secular y laical encajan en una visión de conjunto y no resultan contradictorios. Trascendente a los círculos sólo está Dios, divino y eterno, pero a su vez mantiene una presencia inmanente a lo largo de la historia a través del Espíritu Santo, presencia real no sólo en la Iglesia sino también en el mundo, no sólo en lo laical sino también en lo secular.

Me parece que este modo de explicar los términos es más teológico y sobre todo más evangélico, por lo que se exigiría rectificar el modo de hablar corriente por las ambigüedades que implica, y sobre todo rectificar el comportamiento relacional entre clérigos y no clérigos, en camino hacia una unidad dinámica y fraterna, al modo de la unión íntima de la Trinidad inmanente que Jesús nos propuso como modelo en su oración de la última noche: “Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros” (Jn 17,21). Unidad que no ha de ser meramente física, sino principalmente afectiva: “Para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos” (Jn 17,26). He aquí la apasionante tarea que nos espera para el futuro, en tensión escatológica, hacia la perfección plena.

La afirmación bíblica expresada ya en el A.T. de que no son los individuos aislados los que han sido objeto de la elección divina, sino el pueblo, ha de ser ratificada. “Los bienes salvíficos alcanzan a los individuos en la medida en que pertenecen al pueblo y están indisolublemente unidos a él por el vínculo de la solidaridad”.³⁷ Es el pueblo el que perdurará en la eternidad: allí ya no habrá Iglesia como institución jurídica, ni sacerdotes, ni religiosos. Todos seremos hijas e hijos de Dios, hermanas y hermanos, pueblo de Dios en plenitud escatológica.

Conclusión: la Iglesia nuestra hija

Es el título de una obra de José Luis Martín Descalzo.³⁸ Porque si bien solemos aludir a la Iglesia como nuestra madre, y lo es porque ella nos engendró a la fe mediante el bautismo, y ese es un símbolo utilizado en la

Patrística,³⁹ también con toda verdad podemos decir que la Iglesia es nuestra hija, la Iglesia del mañana que será lo que nosotros sembramos: siembra de testimonio, de pensamiento, de palabra, de amor, supuesta siempre la acción primordial del Espíritu Santo.

La Iglesia del dos mil será más evangélica, si responde al kairós de este cambio de milenio. De modo certero lo describió Ovidio Pérez Morales: “La eclesiología renovada se nos manifiesta eminentemente comunitaria. La realización de la persona no se actúa sólo atendiendo al polo de la interioridad, sino que exige, como en un único movimiento, su verificación también en el polo de la comunicación. La persona es existencia para la comunión; su perfección se da en la medida del desarrollo de una bipolaridad que se realiza en el amor. La eclesiología renovada ha puesto de relieve el carácter comunitario de la salvación; esto, que resulta ya de la definición de Iglesia como cuerpo de Cristo, se manifiesta más patentemente en la noción de pueblo de Dios”.⁴⁰

Me parece que el contenido de este libro de Pérez Morales es una síntesis ajustada y precisa de la Iglesia que soñamos: la Iglesia es misterio-sacramento en cuanto engloba toda la economía salvífica, y busca realizar como pueblo el designio salvador. Por eso es “sacramento de unificación universal”. El capítulo 6 analiza con gran sentido teológico el carácter de pueblo profético, sacerdotal y real, destacando como denominador común el de pueblo carismático: “La perspectiva en que la Iglesia, comunidad sacramental carismática, se coloca, es no sólo ecuménico, sino universal, a saber, la de un mundo que camina hacia la salvación cuya unificación por la gracia sacramentaliza el pueblo de Dios”.⁴¹

Nuestro autobús urbano recorre las calles de la ciudad y va recogiendo, aquí y más adelante, a la gente cargada con su bagaje de secularidad y creaturidad, con sus miserias, con sus ilusiones y esperanzas. En la calle se les ignora, en el bus se les ofrece asiento y cordialidad. En la calle se les desprecia, en el autobús se les concede la palabra: “Disculpen, señores pasajeros...”.

Todos formamos un solo pueblo, con una misma vocación y destino. Todos somos seculares y laicos, con los deberes y derechos de los hermanos, en una misma fracción del pan. No importa ser pobres: la salvación es misterio de pobreza (42). No estorba ser mujer, porque ya la mujer no es considerada un miembro de segunda categoría.⁴³ Ni nuestra humanidad es un obstáculo.⁴⁴

Y si se pincha un caucho, todos ayudamos a cambiar la rueda; y si la cuesta es demasiado pendiente, todos estamos dispuestos a bajarnos (kénosis) y empujar (diakonía)... Tal vez hoy Jesucristo nos contara una familiar parábola: el Reino de Dios es como un viejo autobús urbano, donde todos pueden viajar gratuitamente...

Concluyo con las palabras, también finales, del citado Pérez Morales: “La Iglesia tiene un futuro señalado por el Señor, quien le ha prometido su asistencia (Mt 28,20). Pero es futuro que ella también tiene que forjar. La Iglesia puede, en efecto, ser para el mundo un signo eficaz de camino y gracia, pero también puede hacer opaco su ser sacramental”.⁴⁵

Ese es el desafío para el futuro. Ojalá no sea un “mensaje sin destino” (Mario Briceño-Iragorry). Porque, en definitiva: ¿Hemos perdido el autobús, o hemos sido apeados despiadadamente? Cualquier respuesta puede ser trágica...

NOTAS

1. Para todo este recorrido histórico, ver: UGALDE Luis, “La nueva presencia de la Iglesia en los procesos históricos”, en AA.VV., *La Iglesia venezolana en marcha con el Concilio*, ITER, Caracas 1987, pp. 59-69.

2. UGALDE Luis, “Evangelización de la institución eclesial”, en AA.VV., *Evangelizar hoy a Venezuela*, ITER, Caracas 1985, pp. 92-94.

3. ROBINSON William, “Nueve tesis sobre nuestra época”, en *CHRISTUS* 698 (1997) 12-13. También merece la pena leer *CONCILIUM* 270 (1997) sobre el interrogante “¿Fuera del Mercado no hay salvación?”.

4. VICENS Joan Albert, “La lucha de clases en la sociedad mundial”, en *CHRISTUS* 698 (1997) 24-25.

5. SOBRINO Jon, “Reflexiones sobre la evangelización en la actualidad”, en *Revista Latinoamericana de Teología* 39 (1996) 283-285.

6. UGALDE Luis, “La nueva presencia de la Iglesia en los procesos históricos”, en AA.VV., *La Iglesia venezolana en marcha con el Concilio*, ITER, Caracas 1987, pp. 68-69.

7. Citado en *CRIE*, 351 (1997) 2.

8. TORRES QUEIRUGA Andrés, *Recuperar la salvación*, Sal Terrae, Santander 1995, pág. 34.

9. TRIGO Pedro, "A propósito de una encuesta. La Iglesia Católica se juega hoy su futuro en Venezuela", en SIC 586 (1996). Reproducido también en *Actualidad Pastoral* (1996) 544-547.
10. CONGAR Y., *El Espíritu Santo*, Herder, Barcelona 1991; en su apartado "La Iglesia es hecha por el Espíritu. El es su cofundador"; pp. 207-217.
11. CASALDALIGA Pedro, "Otra manera de ser Iglesia", en *CRIE* 351 (1997) 3.
12. TRIGO Pedro, "Relación entre religión y política en la matriz cultural establecida", en SIC 588(1996) 352.
13. BRICEÑO-IRAGORRY Mario, *Mensaje sin destino. Ensayo sobre nuestra crisis de pueblo*, Monte Avila Editores, Caracas 1972, pág. 69.
14. BOFF Leonardo, *Iglesia carisma y poder*, Sal Terrae, Santander 1982, pp. 14-15. Cf. también SOBRINO Jon, Jesús en *América Latina*, Sal Terrae, Santander 1982, pp.135-136.
15. TRIGO Pedro, *Creación e historia en el proceso de liberación*, Paulinos, Madrid 1988, pp. 260-261.
16. TRIGO Pedro, "La Asamblea y el documento de Santo Domingo", en SIC 550 (1992) pág. 450.
17. COMBLIN José, *El Espíritu santo y la liberación*, Paulinos, Madrid 1987, todo el capítulo 2. HILDERATH Bernard, *Pneumatología*, Herder, Barcelona 1996, en el tema: "El Espíritu y la creación", pp. 232-236. También MÖLLER-FAHRENHOLZ Geiko, *El Espíritu de Dios*, Sal Terrae, Santander 1996, en la primera parte: "El Espíritu creador, alma del mundo".
18. TRIGO Pedro, "La Asamblea y el Documento de Santo Domingo", en SIC 550 (1992) 450.
19. Cfr. SAMMELROTH O., "La Iglesia, nuevo Pueblo de Dios", en BARAUNA Guillermo (dir.), *La Iglesia del Vaticano II*, Juan Flors, Barcelona 1966. PHILIPS G., *La Iglesia y su misterio en el Concilio Vaticano II*, Herder, Barcelona 1968, volumen I, cap. 2: "El pueblo de Dios". BAZARRA Carlos, "¿Qué significa evangelizar al pueblo?", en AA.VV., *Evangelizar hoy a Venezuela*, ITER, Caracas 1985, pp. 55-68.
20. RAHNER Karl, "Problemas actuales de Cristología", en *Escritos de Teología*, tomo I, Taurus, Madrid 1961, pág. 169.
21. La posibilidad de una creación eterna, creaturalidad y eternidad, la defendió Santo Tomás en la S.Th. I, q.46, a.2. Cf. FORTE Bruno, *Teología de la historia*, Sígueme, Salamanca 1995.

22. Hoy la condición de creaturalidad es insoslayable. Baste citar SCHILLEBEECKX E., *Los hombres, relato de Dios*, Sígueme, Salamanca 1994; especialmente el apartado "Fuera del mundo no hay salvación", pp.29-41. GONZALEZ FAUS J.I., *Proyecto de hermano*, Sal Terrae, Santander 1987 (Creaturalidad e imagen de Dios). METZ J.B., *Teología del mundo*, Sígueme, Salamanca 1970. BORGERT H., *Hacia una Iglesia más secular*, Sígueme, Salamanca 1968. Y el reciente libro de TORRES QUEIRUGA A., *Recuperar la creación*, Sal Terrae, Santander 1997.

23. TRIGO Pedro, "La Asamblea y el Documento de Santo Domingo", en *SIC* 550 (1992) 450.

24. SOBRINO Jon, "Reflexiones sobre la evangelización en la actualidad", en *Revista Latinoamericana de Teología* 39 (1996) 281-305.

25. RUIZ DE LA PEÑA J.L., *Imagen de Dios*, Sal Terrae, Santander 1988, pp.179-184.

26. Por ejemplo, MUÑOZ Ronaldo, "Experiencia popular de Dios y de la Iglesia", en AA.VV., *Cambio social y pensamiento cristiano en América Latina*, Trotta, Madrid 1993, pp. 161-179.

27. El sacerdocio común no sólo es verdadero, sino que, más aún, sólo en función de él, se puede entender el ministerial... Vale la pena destacar que el sacerdocio, profetismo y poder direccional jerárquico no se definen y existen por sí mismos, sino en relación íntima al profetismo, sacerdocio y realeza del pueblo de Dios, a cuyo servicio están... Muchas de las dificultades que actualmente se plantean respecto a la integración del sacerdocio común y ministerial, provienen de que, para la sistematización de sus relaciones, se parte del ministerio y no del pueblo de Dios". PEREZ MORALES Ovidio, *La Iglesia, sacramento de unificación universal*, Sígueme, Salamanca 1971, pp. 125-126.

28. No es el momento de hablar aquí del bautismo de deseo, o martirio, o de los que se salvan fuera de la institución jurídica. Teológicamente no se duda de la voluntad salvífica universal de Dios (1 Tim 2,4). El Concilio Vaticano II aludió a medios de salvación, sólo de Dios conocidos: LG 16; GS 22; AG 7; UR 3. Es patente que fuera de la fraternidad no hay salvación, según Mt 25, 31-46.

29. Sermón 46,2.

30. Para todo este punto puede verse BAZARRA C., "Dimensión laical cristiana" en *Revista IFEAL* (1996) 152-159. Y los libros de ESTRADA J.A., *La identidad de los laicos*, Paulinos, Madrid 1990; *La espiritualidad de los laicos*, Paulinos, Madrid 1992. También el libro editado por el ITER: AA.VV., *Los laicos en la Iglesia y en el mundo*, ITER, Caracas 1989.

31. El cuadro lo he tomado de BOFF Clodovis, *A dimensao de laicidade da vida religiosa*, Loyola, Sao Paulo 1994, pág. 25.
32. BAZARRA C., "Sacerdotalización", en *Nuevo Mundo* 106 (1982) 357-371.
33. BAZARRA Carlos, "Por una Iglesia más fraterna", en *Nuevo Mundo* 86 (1979) 121-129.
34. Sobre la condición ministerial de la Iglesia, ESPEJA Jesús, "Ministerios", en FLORISTAN Casiano - TAMAYO Juan José (Eds.), *Conceptos fundamentales del Cristianismo*, Trotta, Madrid 1993, pp. 795-810.
35. PARRA Alberto, "Ministerios laicales", en ELLACURIA Ignacio - SOBRINO Jon, *Mysterium Liberationis*, tomo II, Trotta, Madrid 1990, pp. 319-343.
36. Cf. *Concilium* 129 (1977), número monográfico sobre los carismas. ROMANO Antonio, "Carisma", en *Diccionario Teológico de la Vida Consagrada*, Publicaciones Claretianas, Madrid 1992, pp. 142-158.
37. RUIZDE LA PEÑA J.L., *Imagen de Dios*, Sal Terrae, Santander 1988, pp. 207.
38. MARTIN DESCALZO José Luis, *La Iglesia nuestra hija*, Sígueme, Salamanca 1972.
39. Las afirmaciones eclesiológicas explican esta maternidad de diversos modos y con bellísimas imágenes. La Iglesia es "sepulcro y madre" (Cirilo de Jerusalén) y el Señor "puso en sus aguas bautismales lo que puso en el seno materno" (S. León). Por eso la fuente bautismal es el verdadero "útero de la Iglesia". Y nadie "puede llegar a tener a Dios por Padre, si no tiene a la Iglesia por Madre" (S. Cipriano)". Cita de BOROBIO Dionisio, *La iniciación cristiana*, Sígueme, Salamanca 1996, pág. 286.
40. PEREZ MORALES Ovidio, *La Iglesia sacramento de unificación universal*, Sígueme, Salamanca 1971, pág. 46.
41. *Ibidem*, pág. 146.
42. TILLARD J.M.R., *La salvación misterio de pobreza*, Sígueme, Salamanca 1968.
43. CEBOLLA Fermín, *La mujer como sub-Iglesia*, Alameda, Madrid 1970.
44. BRO Bernardo, *Sólo Dios es humano*, Desclee, Bilbao 1978.
45. PEREZ MORALES Ovidio, *obr. cit.*, pág. 214.